

# El amor en el otoño de la vida

Es verdad, quizá amar a una persona sea aceptar envejecer con ella

Por: José María Cabodevilla



¡Ah, el amor en el otoño!

Los autores nos han acostumbrado a admirar sólo los brillantes colores de la primavera, pero es importante cantar también, con muy pausado y concertado ritmo, la delicia de esos afectos mansos, llenos de paz, de indulgencia, de sabiduría de los colores del otoño.

Es verdad, quizá amar a una persona sea aceptar envejecer con ella. Cuando el amor resiste todas las vueltas y asechanzas del tiempo, llega a un punto de identificación tal entre los esposos, que los días solos no podrían concebirse. Ya los esposos se comprenden del todo, se adivinan, conoce cada uno todas las posibles reacciones del otro, sabe en que está pensando cuando se queda con los ojos quietos mirando esas cosas que llevan tantos años ya sirviendo de testigos de un afecto. Ya este afecto, más que un sentimiento, es una manera de sentir, más que una actitud es un estado.

Al envejecer, los esposos van haciéndose más semejantes y también mutuamente más necesarios. Las lagunas de la memoria, la rigidez en la acción, la inevitable desconexión con los sucesos del presente y con las esperanzas para el futuro, todo esto aparta de ellos a las generaciones jóvenes y hace que ellos se busquen más, busquen su abrigo el uno en el otro, en la común evocación de los días transcurridos.

El hombre envejece más de prisa, pero la mujer empieza antes a envejecer. Hay un momento en que únicamente ella se da cuenta de su ocaso; luego lo perciben los que la rodean y también ella; quizá finalmente, ella ya no se percate de su próximo desenlace, abandonada al bienestar de la aceptación. Esto es imprescindible: no rebelarse. No pretender forzar la naturaleza. Evitar la amargura. Comprender, por fin, la tremenda unidad de la vida, articulando ya todas sus partes, sus aflicciones y alegrías. Acoger sin sobresalto la idea de la muerte e incorporarla al tejido de los pensamientos diarios. No es odioso envejecer, lo odioso es resistirse a ello.

Hacerse receptivos a esa suavísima voz que baja desde lo alto: "Oídme, casa de Jacob, y vosotros todos, restos de la casa de Israel, llevados desde el seno por mí, y carga mía desde el nacimiento: yo soy el mismo hasta vuestras canas y vuestra vejez, os llevaré conmigo; como hice desde el principio, yo me encargo de sosteneros y guardaros"(Is 46,3-4).

Que no sea necesario que uno de los dos muera para que el otro sepa que verdaderamente era amado. Siempre es más fácil saber que uno ha amado que saber que uno ama.

Para los años últimos de la vida conyugal hay una oración que los esposos debieran repetir juntos, a la vez, despacio: "Quédate con nosotros, Señor, porque anochece"(Lc 24,29). Siempre da un poco de miedo- y de dulzura- ver que se pone el sol.